

Oración para iniciar la reunión
 Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA FAMILIA, IGLESIA EN MINIATURA	3
3) LA IGLESIA, GRAN FAMILIA.....	4
4) PARA CONCLUIR.....	5
5) CONCRETANDO	5
6) PRÁCTICA DE EQUIPO	5
7) Y ¿CÓMO PUEDO AMPLIAR?	5

TEMA 9. LA FAMILIA Y LA IGLESIA

1) Introducción

En los últimos años se habla de la sugerente relación entre lugares y los “no lugares”. Un no-lugar es un espacio de tránsito en el cual la identidad del viajero se distorsiona. Se trata de zonas efímeras y enigmáticas que crecen y se multiplican a lo largo y ancho del mundo moderno; las redes de comunicación, los *mass media*, las grandes superficies comerciales, las habitaciones de hotel y de hospital, los campos de refugiados, los ciber cafés, aeropuertos, estaciones de tren o de metro,...son ejemplos de estos sitios. Si los lugares generan lo social orgánico, los no lugares provocan la contractualidad solitaria. Un espacio efímero y provisional sólo puede producir relaciones efímeras y provisionales; y todo lo efímero y provisional está destinado a desvanecerse en el aire. Los no lugares parecen la medida de la época posmoderna. El concepto de “no lugar” aúna dos niveles complementarios: son a la vez espacios constituidos para fines específicos (transporte, comercio, ocio, residencia) y las relaciones que las personas mantienen en esos espacios.

El creador del término es el filósofo francés Marc Augé, que en el año 1992 escribió un libro titulado *Los no lugares, espacios de anonimato*. Para este antropólogo la época moderna ha redefinido el tiempo, el espacio y el individuo. En primer lugar, el tiempo actual está cargado de acontecimientos que ocurren cada vez más velozmente, el tiempo que tarda un hecho en suceder es, en ocasiones, mayor al que tarda en ser conocido en el mundo entero. De este modo, el tiempo de los relojes choca con el tiempo real, provocando una atomización del tiempo. En segundo lugar, el espacio en la modernidad también nos desborda, los medios de comunicación de masas y las redes de globalización hacen que los espacios se acorten pero que se demanden cada vez más espacios individuales, los espacios cambian de forma y de lugar, ya no son rígidos. En tercer y último lugar, el individuo contemporáneo precisa ser resituado, pues en las sociedades urbanas de hoy se antepone el individuo a la colectividad, los intereses individuales, el



egoísmo y el aislamiento personal, la deshumanización... son características esenciales del momento que nos ha tocado vivir.

Para este filósofo, si un lugar se puede definir como sitio relacional e histórico que hace crecer la identidad, un espacio que no puede definirse ni como relacional ni como histórico, ni que promueva la identidad podemos considerarlo como un “no lugar”. Se trata, por consiguiente, de lugares sin historia común e identidad construida colectivamente. Lo contrario a ellos es, en cierto modo el monumento (etimológicamente: “lo que permite recordar”), como expresión tangible de la permanencia y de la duración, que admiten pensar por generaciones.

Los no lugares son los lugares más apropiados para el turista como personaje errante o extranjero al que no le pertenece nada de lo que ve, oye, descubre y admira, por mucho que quiera, en un corto espacio de tiempo, fotografiarlo todo, contemplarlo todo, hacerlo todo, vivirlo todo, comprarlo todo.

El turista, como ciudadano despojado de toda pertenencia histórica, no tiene un vínculo cierto con el lugar que visita y con la historia del lugar. Y es que hay espacios donde el individuo se siente como espectador, sin que le importe el espectáculo o el paisaje que tenga delante. Cada persona es un mundo y todo el mundo está de paso, nadie tiene tiempo más que el tiempo presente, nada puede pasar más que la anécdota del ahora.

El “no lugar” crea soledad y uniformidad. Es como si el espacio estuviera atrapado en el tiempo, como si no hubiera más horizonte histórico que las noticias puntuales del momento o del día, incapaces de llenar la vida humana. Junto al anonimato, la otra característica del “no lugar” es la relación contractual. Es lo que el sociólogo Giddens ha denominado “relaciones puras”. La vida se convierte, de este modo, en un pacto, donde se reclaman constantemente derechos individuales y obligaciones de los demás. Los intercambios son concebidos en clave comercial, mirando casi exclusivamente los beneficios o la rentabilidad que puede acarrear cualquier acción. Se trata de maximizar las ventajas y minimizar los inconvenientes para lograr un bienestar, asentado en la comodidad y la optimización del tiempo y de los recursos.

Durante este curso hemos profundizado en la naturaleza relacional de la familia, y cómo en las relaciones y vínculos que se entretienen en ella se va generando cada persona humana. La relación entre el hombre y la mujer y la relación entre generaciones, constitutivas de la identidad de la familia se han visto interpretadas en la historia reciente como relaciones de contraposición, de discriminación, en clave de luchas de poder entre los sexos y las generaciones.



En este último tema del curso queremos detenernos en la relación entre la familia y la Iglesia. Se trata de una relación de reciprocidad asimétrica. La familia



precisa y apunta hacia una familia más grande que es la Iglesia, y por su parte la Iglesia necesita de la familia para hacerse presente en el mundo concreto y cotidiano. Con la imagen del Papa San Juan Pablo II rodeado de unas familias, comprendemos como el “Papa de la familia”, reconoció en esta vinculación una veta de enorme fecundidad para la nueva evangelización en el mundo contemporáneo.

2) La familia, Iglesia en miniatura

Cuando S. Pablo puso por primera vez los pies en Europa, la primera persona incorporada a la naciente Iglesia fue Lidia, la vendedora de púrpura – como narra el libro de los Hechos de los Apóstoles–, bautizada «con toda su casa» (*He* 16,15). Poco después estando Pablo y Silas en la prisión de Filipos, el carcelero, asustado, dirigiéndose a ellos les dijo: Señores ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos le dijeron: cree en el Señor y serás salvo tú y tu casa (*He* 16,30-32).

Más tarde, en Corinto donde conoció a Áquila y a su mujer Priscila, que eran tejedores de lona, como Pablo; quizás por ello se juntó con ellos, se quedó a vivir y trabajar en su casa (*He* 18, 1-3). Durante dos años Áquila y Priscila ofrecieron a Pablo hospitalidad, consuelo y ayuda. Poco después, el Jefe de la Sinagoga, Crispo, creyó en el Señor con toda su casa (*He* 18, 8). Por otra parte, antes de desembarcar Pablo en Neápolis, ya había tenido lugar la conversión del centurión Cornelio al que se le apareció un ángel diciéndole: envía a Joppe y haz venir a Simón, llamado Pedro, el cual te hablará palabras por las cuales serás salvo tú y toda tu casa (*He* 11.13-14). Cuando llegó Pedro, Cornelio había reunido a todos sus parientes y amigos (*He* 10,24) y el Espíritu Santo descendió sobre ellos y fueron bautizados (*He* 10,44-48). Estas familias convertidas en los albores de la evangelización eran como islotes de vida cristiana en un mundo no creyente.

Estos mismos relatos de los Hechos de los Apóstoles son los escogidos por el Catecismo de la Iglesia Católica cuando considera la familia como «Iglesia doméstica» (n. 1655), rescatando, dos mil años después, esta antigua noción que se aplicó a la familia cristiana en la época patristica, pero poniendo la naturaleza de ésta, así como su contenido y misión bajo la luz de la eclesiología, abriendo así una nueva perspectiva para su estudio y comprensión después de la Constitución *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II. Este documento recupera una imagen de la antigua tradición patristica, según la cual la familia es una Iglesia en miniatura, una pequeña Iglesia (el término latino que emplea es *Ecclesiola*, “iglesita”). La constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, en el capítulo II titulado “el pueblo de Dios” afirma en el n. 11: “...En esta especie de Iglesia doméstica los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación propia de cada uno, pero con un cuidado especial la vocación sagrada”.

Si la imagen de la Iglesia antigua era claramente familiar, tras las invasiones bárbaras, se estructura una nueva cultura que no tiene la percepción de la familia y de la casa antiguas. Su concepto de pueblo no está fundado sobre la relación entre familias, sino centrado en la individualidad respecto al poder representativo del jefe. La “sippe” que en el derecho germánico era el grupo amplio de parientes que se consideraban unidos por lazos de sangre, era el núcleo tanto del régimen



político como del jurídico privado. La *sippe* se convierte, así, en la nueva unidad social del mundo bárbaro.

La primera imagen del habitar que nos surge espontáneamente en el recuerdo y en la imaginación es la casa natal, imaginada como una “gran cuna”, es decir, como el progresivo dilatarse del seno materno en los primeros años de vida. La morada del bebé pasa del seno acogedor de la madre (y de los brazos del padre) a la cuna, a la propia habitación, a la casa natal, al jardín de infancia, a las primeras exploraciones del mundo. La casa aparece como el espacio de la protección y de la intimidad, el lugar donde no solamente uno es colocado en el mundo, sino el espacio en que se viene a la luz, y desde el que se proyecta hacia las demás relaciones sociales que van enriqueciendo la vida de las personas.

3) La Iglesia, gran familia

Como afirma la *Familiaris consortio* n. 15, la Iglesia encuentra en la familia, nacida del sacramento, su cuna, el lugar donde puede actuar la propia inserción en la generaciones humanas, y éstas, a su vez en la Iglesia. De este modo comprendemos que existe una mutua interpenetración entre la familia y la Iglesia.

En la relación entre familia e Iglesia, no basta con enseñar a vivir la familia como una Iglesia doméstica, sino que es necesario también mostrar mejor a la Iglesia como una gran familia. La imagen familiar de la Iglesia es fundamental en el modo de hacerse presente en medio del mundo.

La exhortación *Amoris laetitia* nos habla de que la parroquia ha de ser una familia de familias. Sabemos que no siempre percibimos así nuestra propia parroquia o movimiento apostólico, sino que a veces podemos percibirlos como un conglomerado de fieles. La imagen que los fieles tienen de la Iglesia es, con frecuencia, más la de una Maestra que la de una Madre. Y es que se ha verificado una disociación afectiva, por la que el fiel no pertenece cordialmente a la Iglesia. Sin embargo, la maternidad eclesial está fuertemente unida a la realidad familiar de la Iglesia, “la gran familia de los hijos de Dios”. Jesús, en el evangelio indica las nuevas relaciones familiares, propias del Reino de Dios (*Mc 3, 31-35*).

Es importante que las familias aprendan a reconocer el vínculo a una familia más grande que es para ellas una Madre, en cuanto que las engendra a la vida nueva de los hijos de Dios.

La Iglesia es Maestra porque es Madre. De otro modo le faltaría a su enseñanza el lugar donde poder ser vivida, así como el sentido de pertenencia necesario para aceptar cualquier autoridad. De este modo, La Iglesia como morada de la vida cristiana ilumina la realidad de la formación de la persona en un ambiente de comunión.

El Cenáculo donde la Iglesia ha nacido es precisamente una habitación familiar. La Iglesia estaba congregada en torno a una Madre para aprender aquello que está por encima de la unidad de cualquier familia, pero que la plenitud de toda comunión: ser un solo corazón y una sola alma (*He 4, 32*).

La misión de la Iglesia es que la humanidad se haga familia de Dios. La Iglesia es, así, el cumplimiento de la vocación “familiar” de toda la humanidad, fermento y “alma” de toda la sociedad. La Iglesia es la gran familia de dios mediante la cual Él forma un espacio de comunión y de unidad a través de todos



los continentes, culturas y naciones. Qué hermoso es pertenecer a una familia tan vasta como el mundo, que comprende el cielo y la tierra, el pasado, el presente y el futuro.

4) Para concluir

La época y la cultura que nos ha tocado vivir se caracteriza por el exceso del tiempo, del espacio y del individuo. Los no lugares provocan estilos de vida solitaria, donde es difícil vincularse y establecer relaciones interpersonales profundas.

La familia es un bien para la Iglesia, y la Iglesia es un bien para la familia. Pero atención es posible vivirlas también como no-lugares, lugares de paso y de tránsito. En tal caso, son incapaces de otorgar a la persona una identidad vigorosa y una madurez en sus relaciones.

Si la familia necesita de otras familias, la Iglesia ha de ser una gran familia de familias. Este rostro familiar de la Iglesia está unido estrechamente a su maternidad, a su vocación de generar y educar a los hijos de Dios. A su vez, la familia ha de irse transformando progresivamente en una Iglesia en miniatura, pues las relaciones interpersonales que hemos ido estudiando durante este curso han de ser progresivamente transformadas a la luz del amor de Cristo.

5) Concretando

1. ¿Qué son los no-lugares y cuál es su importancia hoy?
2. ¿Qué relación ves entre el “no-lugar” y las redes sociales?
3. ¿Qué rasgos o prácticas señalarías para que tu familia viva más como una Iglesia en miniatura?
4. ¿Por qué es importante que la Iglesia sea una gran familia?
5. Familias de Betania, ¿cómo puede ser más una familia de familias?

6) Práctica de equipo

Sugerencias

- Leer un libro este verano y comentarlo en el equipo
(Por ejemplo S. ZWEIG, *La impaciencia del corazón*, Acantilado, Barcelona 2006).

7) Y ¿cómo puedo ampliar?

JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal Ecclesia in Africa* (14.09.1995).

M. AUGÉ, *Los no lugares, espacios de anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona 2009.